

Modesto Téllez Alba

Y LA LUZ SE HIZO

Allí este electrodoméstico, tantas veces infame, penetra los sentidos de la gente anónima hasta conseguir que se acepte como la cosa más natural cualquier degradación.

Manuel Vicent

Era la familia media española, abuela sorda con mecedora al fondo incluida. También había un gato capado y una cerámica recuerdo de no sé dónde. Todos compartían aquel idílico salón-comedor con los retratos de la primera comunión de los niños, la foto del mayor jurando bandera y la perdiz disecada en el otero de la repisa. No faltaba el negrito del jazz y una miniatura de la Virgen de Regla. Allí se respiraba el calorcillo de las digestiones y una gloriosa lasitud humana. El padre soltaba regüeldillos de la chuleta y se fumaba medio puro de boda, dándole al ambiente atmósfera de catedral con incienso. La que más metros cuadrados ocupaba en el sofá de escai fosforito era la madre de los vástagos. Había algo de loro en la forma de comer las pipas. Algo de santa varona o idolillo de barro de la fecundidad. Luego estaban los críos, los cinco, que ya a la hindú, ya a lo fumador de opio, ocupaban diferentes sedes por la sala. Vestían como jóvenes mariposas de la col ellas, un triplete de ninfas con acné y nimbos de cejas depiladas. Ellos se tocaban melancólicamente la entrepierna y soñaban con irse de casa de sus padres a los cuarenta.

Y por supuesto estaba la tele.

Aquel catalizador catódico de los estímulos, conectado unidireccionalmente al ojo pineal de los miembros de la familia media española, enviaba, vía onda telepática, al centro nervioso de los televidentes, un maravilloso código de imágenes. La tele, caja más lista de lo que se promocionó en su momento, atontaba la ociosa mente del espectador con una gama polivalente de programas ideados por intelectuales con ojeras. Presidía el espacio doméstico como el fetiche la danza de una tribu de antropófagos de una islita de los mares del Sur. Canibalizaba con sus rayogramas seudoculturales las mentes monocromas de aquella lacia familia y homogeneizaba el apetito social de sus integrantes. En las caras de los padres y de sus hijos se dibujaba cierta expresión mariana, como si un ángel anunciador con uniforme de *Seur* Mensajería les estuviese soplando a la oreja el recado de dios. Aun la abuelita, sorda como un beethoven, caía en un trance santoteresiano, y la tela de los ojitos se le secaba a medida que en ellos morían los reflejos de aquel universo convexo.

La familia media española sentía cómo la programación televisiva le entraba en la vena y un veloz golpe de émbolo publicitario les inyectaba una transfusión de ideales y objetos de consumo y le llegaba al Yo, sacudiéndolo con una dulce mano acostumbrada a sacudir olivos. Pinzada la médula de aquellos seres, se les creaba la necesidad de adquirir el último modelo en telefonía móvil o se les persuadía para

comprar el nuevo trabajo discográfico del niño mimado de los 40 Principales. Neutralizado su espíritu crítico, y chutados a discreción, al padre se le fue reblandeciendo la neurona, a la madre se le fue quedando mirada de alélada y los hijos articulaban movimientos y voces de drogata.

Aquella era una familia de clara predisposición conductista. Habían dado forma durante años y a ritmo de martillo de fragua, al metal impuro de sus conciencias. La idiocia generada por las nocturnas veladas televisivas perdió su estatus de mal endémico para convertirse en un gen más en la cadena desoxirribonucleica. Aquel afán idolatriz de la familia, felizmente unida por el campo gravitacional de la pantalla, funcionaba como argamasa sentimental. Así los hombres de buena voluntad se asomaban al presente y al futuro de su descendencia por la ventanita quintidimensional, punto de fuga sagrado del salón-comedor.

Un día cualquiera en la vida de aquel hogar estándar discurría por el cauce de un pacífico devenir en el que se aunaba el chapoteo cordial de la jornada y los estados de vocación televisiva fermentados en sobremesas y pernoctaciones monitorizadas. La lumbalgia, las pastillas para la memoria, la subida del cuarto y mitad de criadillas de toro, la descompensación menstrual, la primera toma de contacto con el cáñamo índico, los ojos azules del chico nuevo del instituto, la mano del profesor de ética en el cuello, en la nuca, la multa por exceso de velocidad... no eran otra cosa que excepciones ordinarias, momentos escalares en el trasiego diario que se olvidan cuando un chispazo del rey de los electrodomésticos les toma de la mano y les conduce a mundos más allá del mundo lumbálgico, de píldoras, inflaciones, compresas, canutos, flechazos eróticos, tutores audaces y bólicos trucados.

Un flujo intravenoso gotea noticias de torres que revientan, trenes que estallan, malos malísimos con turbante, déspotas paranoicos que buscan armas de destrucción masiva en el desierto mientras sus niños matan a niños con pistolas de destrucción individual. Más tarde podrán ser testigos de coloridos programas donde eminentes polemistas con alzacuello o niñas de la generación de la silicona despotricarán en un castellano casi académico. Puede que un mariquita intelectualizado enseñe el pirulí o que un torero se haga cantante. Apreciaremos que las funciones fisiológicas de los espectadores se supeditan a los diversos espasmos audiovisuales, lo que origina una fila de sedientos ante el grifo y una notable condensación de metano en el airecillo del baño. La hora de las brujas, hoy convertida en la franja horaria de los trasnochadores, descubre a un padre con los párpados semicomatosos, a mamá guiñando un ojo mientras en el cristal progresivo de sus gafas se proyecta el sueño de gogós rebozadas en aceite de un presentador con humillos de jerarca y mirada encocada de profeta. La abuela ronca la pildorita y el supositorio congelado que le para los pies a la muerte en el culo. En las caritas manchadas todavía con la reciente pureza de la niñez de las tres hermanas se perfila una anestesia de famosetes atribulados, jilgueritos que no llegan al do y amigas del conuñado del primo del ex del mayordomo de la folclórica más dotada del panorama adúltero de esta piel de buey. En la dúctil morralla meníngea de los mocitos tiembla aún la ingle afeitada de la miss, la teta fugaz de la vicetiple y las declaraciones en exclusiva del mono de Rociíto. Incluso el felino eunuco parece encandilado frente al misterioso poder supremo de aquel rectángulo de cuarenta y ocho pulgadas.

Aquella era una familia media española para todo: para pagar la hipoteca de treinta años, para devolverle a hacienda lo que le habían estafado por haber pasado todo el año levantándose a las siete de la mañana, para llegar a fin de mes con la lengua afuera, para comprar un jamón en Navidades, para colgarle al coche un elvis, para sentarse con sus hijos cara a cara y no hablarles de sexo, para ponerle a la niña una

ortodoncia y para cerrarle la puerta en las narices a los del Círculo de Lectores, que eran muy pesaos. Y en este sentido era tan media y a la vez tan española, que como la mitad de los españoles medios, ellos se pensaban que formaban parte de la otra mitad, la que tenía hipotecas sólo de veinte años. Del mismo modo practicaban una televidencia media, y se tragaban desde culebrones donde sietemachos hormonados platicaban a mansas y cristianísimas hijas huérfanas de padres jornaleros, que ni modo, hasta concursos en los que showmen de voz algodónosa repartían millones a tontainas que mandaban saludos a su madre, que me estará viendo. También eran asiduos de los programitas en los que Jesús Vázquez ponía ojitos, del altruista programa de la Gemio y de las pamplinas de un posible clon de Mercedes Milá. Pues en este contexto de armonía y sedentarismo mental discurría la monótona existencia de unos seres que sin saberlo habían empezado a involucionar.

Las cáscaras craneales de los componentes de esta familia media guardaban, para inopia de antropólogos y etnólogos, la síntesis de un retroceso del cubicaje de la sesera. Aquellos años de exposición a la microonda hertziana del receptor televisivo habían reducido en proporciones nanométricas aunque reales, la capacidad craneal de aquella cepa de homo sapiens al cuadrado. Su ombligo neurálgico apenas si respondía levantando un labio ante un chiste de Chiquito de la Calzada o ante un sketch de Cruz y Raya. O a caso, y la duda no puede ser más metódica, nos podríamos encontrar ante una mutación del hombre tal y como lo venimos conociendo desde Calígula: el Homo Televidensis Televidensis.

En algún momento de la vida de estos seres una célula, bombardeada por los átomos de las series de la bióloga Anita Obregón, películas con barras y estrellas y el tanga de las mamachicho, acabó por presentar una pupa en el nucleolo. Luego, en un progresivo avance de la radiación esta célula solitaria contagió su estulticia a sus convecinas, estas a otras tantas, y así en progresión aritmética... Ahora podemos ver cómo la frente, sobre todo la de los padres, ya se ha atrasado sobre el prognatismo de los arcos ciliares y las peludas cejas. Más ludens que faber, a este homo un *sapiens* acaba de caérsele del entrecejo a la arcilla aramea de la que nacieron a Adán.

Si no la espalda, lo que empieza a encorvarse es la mentalidad de esta familia media. Si no se tomaran medidas, pronto estos terrícolas adorarán la tele como al fuego. Por miedo a perderla, decidirán mantenerla siempre encendida. El macho dominante del clan, a parte de ser el encargado de traer la carne roja a la caverna y de aplacar la ira de los dioses ancestrales con sus viejos ritos de chamán en torno a la cuenta de ahorro, será el que controle el mando a distancia, chisme revestido por una sabia jerarquía de tecnócratas de un poder totémico. A veces será el primogénito el que se dispute el poder con el líder o papá. La riña puede acabar con el cachorro o el adulto en decúbitos supinos ofensivos-defensivos. Sólo se producirá la entente en caso de espectáculo deportivo, a saber: tenis femenino o balompié. Así, sin demasiadas dilaciones, se corre el riesgo de que cuando algún miembro de la tribu pase a mejor vida, se le entierre con el aparato de televisión para que vele la eternidad del esqueleto.

Sin embargo estos trogloditas modernos seguían actuando con total normalidad y llevando la misma vida para la que oscuras décadas de contubernios de estadistas y autárquicos de raya a la derecha habían sudado la camisa *Blanco España*. El padre siguió dejándose la cintura en la fábrica de tarugos; la abuela continuó olvidando tomarse las pastillas para la memoria; mamá se llevó las manos a la permanente cuando vio el precio de la pechuga de pollo en la carnicería; Pili abandonó apresuradamente la clase de Tecnología con un tampax multipleabsorción prestidigitado; Julito quedó con la panda en el parque del Oeste para echar unas caladas; Dana desparramó los apuntes a los pies de *Ojos Azules*, que no se comportó como todo un caballero; a Gema el profé de

ética le insinuó la posibilidad de quedar en su apartamento para repasar antes del examen; Martín pasó a ciento cuarenta por hora el viaducto y un radar con un cerebro artificial que tenía toda la mágica espontaneidad de un Cartier Bresson tomó una instantánea de la matrícula. Incluso el minino emasculado prosiguió con la higiénica aunque inquietante ablución de sus inexistentes genitales.

Otras transformaciones, invisibles para el ojo cotidiano, empujaban al clan hacia las sombras fluctuantes del fondo de la caverna. Fue así que aquellas proyecciones o linterna mágica posmoderna que se colaba por los ojos de nuestra familia media hasta las regiones más primordiales de la cogollera crearon la indeleble ilusión de una realidad que sazaban los gorgoritos de los chicos de Operación Triunfo, el diseño de los bikinis de Paula Vázquez y la sana inteligencia con que parloteaban las muñecas del ventrílocuo de oro José Luis Moreno. Tanto fue así que a pesar de los desórdenes del Alzheimer a la abuela no se le olvidó morir y se murió. Creyéndola entonces los demás individuos que conformaban la familia parte del atrezzo olvidado por el tramoyista, no le dieron mayor importancia. Y la ancianita, a la que la embolia había cogido en mitad de una carcajada, comenzó silenciosamente a pudrirse.

La abuela se descomponía en su mecedora observada atentamente por unos nietos marineritos y lolitas de princesa con el flequillo peinado de un salivazo y un rosario colgando piadosamente de las manitas. Otras manos simiescas surgían en la ciénaga de sombras de la habitación para rascarse el cráneo. Con ojos místicos de jurel el homo televidensis televidensis pestañeaba ante un esplendor viscoso de aparición de la virgen. Los electrodos microscópicos que fluían de los frames de la imagen componían con paciencia de miniaturista japonés la jaulita ilusoria de aquellos especímenes cuyos tatarabuelos quemaron al hereje que dijo que la Tierra era redonda.

Cierto día tuvo lugar este revelador coloquio entre el líder del grupo y uno de sus fiduciarios:

—¿Qué ponen ahora?

—El pequeño ruiseñor.

—Ya la he visto.

—Y yo.

—Pues la vemos otra vez que es mu bonita.

En Cine de Barrio reponían por cuadragésimo novena vez *El pequeño ruiseñor*, con un Joselito en pantalones cortos y cara de enmayao. La familia cerró filas alrededor de las andanzas del pajarito canoro, la hembra dominante con pañuelo de puntillas en el rabillo del ojo. Un presentador con labios de morsa amenizó junto a una pianista loca y un corrillo de figuras cerúleas escapadas de un museo de los horrores aquel arquetipo del cine patrio. Más tarde asomó en todos los hogares de aquel país un busto romántico que dijo que la televisión le había birlado a Mercurio sus sandalias aladas.

Y mientras el público seguía con fervor pío las hazañas de una simpática Carmen Sevilla por los platós de Prado del Rey, y algunos concursantes corrían delante de una vaquilla de mirada inefable, la abuelita se iba quedando en el puritito hueso. Un cómico, que ya gozara a las órdenes de una de nuestras figuras más señeras del séptimo arte, Mariano Ozores, no de quince, sino de innúmeros minutos de fama, hacía el ganso en vivo y en directo. Un imprevisto cambio de canal teletransportó hasta el núcleo familiar a un Bertín Osborne con su percha de señorito andalú repeinado y gesticulación de consumado seductor de niñas que quieren ser artistas. Nuevos centelleos hacen aparecer por la chistera de la tele conejitas lanzando monedas a la fontana de trevi de sus papichulos, palomos con idiomas, chochonas hinchables, cantautores con peluca y pañuelos, oráculos de la jet que visten túnicas de vivos colores, escritores de fular que

conocen a fondo el alma femenina, carroñeras que huelen a Chanel, videos de primera y un Urdaci hablando en siglas desconstantinopolizando al desconstantinopolizador que constantinopolizó a la madre que lo parió.

El sílex con que construían los perfectos adictos de esta prehistoria de la edad de las tres uves dobles sus herramientas eran esos iconos cuya materia prima danzaba con los fantasmas de las estrellas. El polvo cósmico burbujeaba en las paredes de la caverna y sus conspicuos moradores asumían aquella sugestión que liberaba de las glándulas las partículas de la felicidad. La tele era la lasca con que desollaban los productos culturales del gran organismo mediático, el jugo gástrico que les ayudaba a digerirlos; la tele era la tea que ahuyentaba las tinieblas de un porvenir incierto, en el que no era seguro que la lumbalgia remitiese, el precio de la oreja de cerdo bajase, la regla no se clavase en los riñones, los porros fueran inofensivos, los chicos de ojos azules se casaran con una, el profe de ética dejase de buscarle las rodillas, el coche no fuera a volcar en alguna curva y tener que aprender a jugar al baloncesto desde una silla de ruedas. La tele había devorado a profesores cum laudem que desenrollaban teorías astrofísicas acariciando la cazoletilla de una pipa de kif. Pues la misma energía que mantenía despierta la tele mantuvo encendidos los ojos de sus entusiastas.

Un grupo de expertos en trastornos y patologías de la audiovisión se hicieron cargo de esta familia media, aunque la abuela hacía semanas que había liberado en sus entrañas las larvas de la mosca doméstica. Estas se la fumaron en cuestión de días. No obstante, nuestro equipo de especialistas, acudiendo a la llamada de este mero observador interplanetario, acordonó a la familia y la puso bajo observación preventiva.

La familia de nuevos cavernícolas, que a pesar del apelativo cubren sus vergüenzas con cierto miedo infundado, compartía un programa de la MTV y hacían graciosos comentarios sobre un rapero blanco que parecía sufrir una invasión de pulgas raperas en su cuerpo. El gato castrado dormía enroscado en el regazo del cadáver de la abuelita, que en verdad parecía viva, aunque le daba un aire a la madre de Norman Bates, aunque no dejaba de reírse, como en la imagen congelada de un video, no sé si de la muerte o de sí misma. Roto el hilillo umbilical que les había mantenido atados al fluctuar de la madre realidad, la familia media española asistía con una sobrecarga en los fusibles a la desintegración de sus deseos. Por la susodicha ventanita se escapaba una ensalada de marujeo con un filo de viso asomando por el bajo de la falda, aplausos teledirigidos por una reportera con las tetas de merengue, Ramón García soltando alguna chorrada, risas enlatadas, rubias oxigenadas anunciando el Saunatronic 2000, cocineros sandungueros, sesiones parlamentarias y ministros de exterior exteriorizando su ineptitud global.

La era del telespañolito ya había pasado. La oferta televisiva se había disparado y una nueva raza de trogloditas se sentaba cada día frente al altar policromado y le rezaban al cristo de los televidentes. Atrás quedaban la carta de ajuste, Alfredo Amestoy, Hermida y Compañía, las corbatas de Carrascal, el bigote de Iñigo, El flequillo de Adela Cantalapiedra, Verano Azul, el libro gordo de Petete, Triki, el monstruo de las galletas, el tricornio de Tejero, las mallas de Eva Nasarre, La Quinta Marcha, los dos rombos, la familia Telerín y el cierre de emisión con himno y banderita rojo y gualda ondeando al viento. Y mientras los viejos dioses duermen en los ojos de las perdices disecadas, los héroes televisivos arropan con sus melodías de encantadores de serpientes a la fauna teledependiente que algún día no muy lejano cantará las gestas de miss fotogenia, que consiguió una teletienda para vender ensanchadores anales; del Yoyas, que se fumó a doce contertulios de una sentada; de Terelu, que una vez consiguió ir solita al retrete sin que la acompañara su madre.

En el celuloide de las radiografías aparecieron siluetas y aristas no identificadas junto al armazón óseo de los sujetos a estudio. Las resonancias magnéticas revelaron ecos de origen incierto. Las endoscopias abdominales y rectales descubrieron sin embargo sólidos extraños, volúmenes insatisfactorios, anomalías de bulto. No hubo más remedio que intervenir.

Se realizó una operación simultánea de los ocho componentes de la familia media, incluyendo a la mascota de la misma, que como los seres racionales del clan, también había estado expuesta a la fosforescencia diabólica de la tele. La coordinación corrió a cargo del eminente televidólogo Dr. de Dol.

En las bacinillas de argénteo aluminio fueron cayendo desde el entrañable interior de padres, hijos y gato abiertos en canal, algunos de los efectos que se citan a continuación: cáscaras de plátano, zurrapas de café, un limón estrujado, bolsas de *Super Sol*, colillas, vidrios, envases de pvc, cascarillas de almendra, un diu, un peine roto, compresas con alas, huesos de alas de pollo, cajetillas de tabaco arrugadas, píldoras caducadas, un predictor teñido de rojo, una raspa de besugo, pellejo de pulpo, periódicos atrasados, uñas, kleenex, folletos de publicidad, facturas, bolas de pelo, y una heterogénea lista de artículos alargada como la sombra de un ciprés.

Una vez drenados y cosidos, estas víctimas de la telebasura fueron devueltos sin mayor daño a su salón-comedor de destino. La abuela seguía encogiéndose como una momia peruana y la tele aparecía estática, paradójicamente desconectada. Cuando fueron rajados por aquel juego de bisturís amolados en la piedra cuadrangular de Torre España y vaciados de la nefasta quincallería, se les dejó dentro la fisura en la quinta vértebra lumbar, la facilidad para escandalizarse por la inesperada subida de la paletilla de vaca, el bamboleo del periodo, la adicción al hachís, el enamorado acaloro por el chico nuevo del instituto, la extraña sensación de atracción y rechazo por el profe de ética, la pasión por los coches veloces... y dos testiculitos psicósomáticos de siamés capado.

Se había devuelto al clan la dignidad y el dedo de frente usurpados. Incluso los ojos de papá eran los ojos de un niño que se expone por primera vez ante el sol. Libres de los grilletes de la programación televisiva se dedicaron a vagar erráticamente por las estancias de la cueva en la oscuridad más compacta. Aquellas luces y diapasones que antes gobernara el mundo de sus ideas se habían ido. Ciega, la familia al completo avanzó con los brazos extendidos, asidos unos a otros, mientras el líder abría la expedición tanteando las paredes. Finalmente sus manos encontraron un pedazo de pedernal que al ser chascado produjo una chispa en el epicentro de la pantalla de la tele y un fuego resplandeciente iluminó el salón-comedor.